

CONFIGURADOS CON EL CORAZÓN DEL BUEN PASTOR

Encuentro con Seminaristas de 3° de Teología
Centro de Estudios Superiores L.C.
23 de enero de 2017

MONS. JORGE CARLOS PATRÓN WONG
Arzobispo-Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Me alegra poder compartir con uds, queridos jóvenes seminaristas, la alegría de la vocación y de la misión. Ser pastores define no solamente una responsabilidad confiada, sino que también revela una identidad, lo que somos y están llamados a ser.

Antes de pensar en lo que significa ser pastor del pueblo de Dios, de comunidades, quiero destacar que esta misión tiene su fundamento en la conciencia de un llamado a vivir una amistad con Aquel que nos invitó para que estuviéramos con él y para enviarnos a predicar (Cf. Mc 3, 13-14). Toda reflexión sobre el ser pastoral descansa en esto, en la certeza de ser amados e invitados a amar como ama el Buen Pastor. Por eso el primer movimiento del corazón de un pastor es amar. San Agustín tiene una expresión que sintetiza esto con sencillez y profundidad: “*que sea oficio de amor apacentar el rebaño del Señor*” (Tratado 123, sobre el evangelio de Juan). Estamos llamados a amar lo que el Señor ama, sabiendo que entregó su vida por todos, que su sanación, su perdón, su misericordia, su amistad, su amor es para todos, no para algunos, sino para todos. Participamos de su mirada que no es la de un juez sino la de Aquel que mira la multitud con compasión (Mt 9,36). No puede ser redimido aquello que no se ama.

Sus vidas expresan desde la juventud que tienen, esperanza, fuerza, ilusión, promesa. Son los años los que nos permiten ir descubriendo la densidad y la importancia del presente para ser vivido con fidelidad. Uds. están recorriendo un camino de formación que no acaba nunca, que es para siempre, “**es permanente**”. Es tiempo para dejar que la gracia y sus mediaciones vayan moldeando sus corazones. Tiempo para hacer más conscientes los dones que cada uno tiene, tiempo para sanar la propia historia, para reconciliar, recorriendo así un camino de conversión que se

acaba con el último aliento de vida. No se puede ser pastor sin una humanidad transformada desde ese diálogo maravilloso entre Dios y el hombre, entre la Gracia y la libertad. Ser pastor no es un rol que se desempeña a la manera de un funcionario de lo religioso, refugiándose detrás de un hábito. Se es pastor siendo testigo de la misericordia celebrada en la propia vida, de la humanidad transformada. La *Ratio Fundamental* recientemente publicada, destaca la importancia del criterio de la integralidad de todas las dimensiones de la persona en el proceso formativo, lo humano-comunitario, lo espiritual, lo intelectual y lo pastoral. Se es pastor recorriendo el camino de la unificación del propio corazón. Insisto queridos jóvenes, vivan este tiempo como una oportunidad para vivir la maravillosa aventura de ser ustedes mismos, siendo fieles a lo que el Señor quiere hacer en cada uno de ustedes. Es imprescindible confiar para crecer en este proceso, confiar en Dios y en sus mediaciones. No pueden pensar en entregar sus vidas en la ordenación sacerdotal si hoy no entregan su humanidad en la verdad. Lo que hoy es amordazado, tengan la plena seguridad que grita en algún momento de la vida. Dialoguen con el Señor, con sus formadores, confíen.

Ser para los demás: Esto es lo que expresa el ministerio sacerdotal, el ser pastor, que nuestra existencia es una pro-existencia. *“La ordenación presbiteral exige y posibilita, a quien la recibe, una entrega total de sí para el servicio al Pueblo de Dios, a imagen de Cristo Esposo.”* (RF 39) El celibato no es una simple disciplina de vida, sino la expresión de quien con corazón unificado llega a ser *“un signo del amor de Dios para cada hombre.”* (RF 40) La experiencia del amor de Dios en nuestra vida nos lleva a descubrir que todo es don, y el sentimiento que brota necesariamente es la gratitud. El corazón no se cansa en ella, sino que responde con la gratuidad, de la gratitud a la gratuidad. Nuestra entrega no es un acto de heroicidad, sino de un amor apasionado que desea ardientemente invitar a todos al encuentro con el Señor. Se trata de darse, pero también de saber recibir. El corazón de un pastor es moldeado también por el afecto y cariño del Pueblo de Dios. No podemos pretender amar sin antes dejarnos amar. No se puede medir la entrega, porque se trata en definitiva de amar y el amor no sabe de medidas, se da entero: *“habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin”* (Jn 13,1). Esto no significa que no debemos ser responsables en el cuidado de la propia vida, pero siempre marcada por la generosidad. No debemos confundir esta generosidad con un activismo alienante, la verdadera entrega es fruto de una intimidad cuidada y cultivada. *“El cuidado pastoral de los fieles exige que el presbítero posea una sólida formación y madurez interior...se espera de él que interiorice, día tras día, el espíritu evangélico, por medio de una continua y personal relación de amistad con Cristo, hasta llegar a compartir sus sentimientos e imitar su comportamiento.”* (RF 41). Es a través del misterio celebrado, de la oración personal y de la meditación de la Palabra de Dios (Cf. FR 46) que se crece en esta interioridad. De alguna manera todo esto se hace síntesis en la celebración Eucarística de cada día, donde unidos al misterio y siendo ministros del mismo, hacemos de nuestra vida, un vida eucarística, entregada. *“El ministerio y la vida del presbítero están esencialmente enraizados en la Eucaristía”* (RF36).

Ser servidores. Están recorriendo en la formación inicial un camino de discernimiento queridos jóvenes, pero también un camino de purificación, porque la formación inicial y la permanente como un único proceso, es una conversión permanente, dóciles a la acción de la gracia. No basta tener claridad teológica sobre nuestra identidad, si no vivimos aquello que somos, de allí la importancia de ser signos desde nuestra realidad sacramental, del Buen Pastor, de Aquel “*que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida como rescate «por muchos».*” (Mt 20, 28). El servicio es una categoría que cualifica el ministerio, que de por sí implica una autoridad, pero justamente, ésta está en función de ser servidores del Pueblo de Dios. Los Evangelios no dejan de señalar las debilidades de quienes fueron llamados a formar la comunidad apostólica, explicitando motivaciones lejanas al Reino (Cf. Mat 20, 25-28). Es Jesús quien señala el modo y el camino con su ejemplo, tan bellamente expresado en uno de los primeros himnos cristianos enriquecido por San Pablo: “*se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo...se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó.*” (Fp 2, 8-9). Si somos sus discípulos, si estamos llamados a transparentar el corazón del Buen Pastor, no hay otro camino. ¿Cuáles son nuestras aspiraciones? ¿Qué deseos anida nuestro corazón? ¿Qué significan los demás para mí? ¿Cuánto el Reino es centro y pasión en mi vida? Son preguntas que nos ayudan a discernir y purificar las motivaciones en nuestra vocación. Cualquier atisbo de autoritarismo, de sentimientos de superioridad, de instrumentalización de las personas, de no respeto a los carismas, de una mal entendida unidad confundida con el uniformismo, no solamente tendrá consecuencias que lastiman al Pueblo de Dios, sino que deformarán la belleza del ministerio, convirtiéndose en obstáculo de la obra de Dios. La vida religiosa tiene un lindo ejemplo en el modo de vivir el servicio, ya que en ella no se garantiza un ministerio en ascenso, sino de generoso servicio a lo que la congregación necesita, quienes han desempeñado responsabilidades de autoridad de gobierno, vuelven a una comunidad sin otra pretensión que la de servir y este es quizás el título más importante al que se pueda aspirar, ser un simple obrero del Reino. No piensen que esto es para mañana cuando sean sacerdotes, empieza hoy, lo pueden descubrir en medio de la comunidad, en el modo de relacionarse, en sus búsquedas. Por último en este aspecto, ya que no puedo detenerme mucho, porque quisiera dejar espacio para que dialoguemos, este punto es un lugar importantísimo para evaluar nuestro celibato y su desarrollo, porque éste como expresión de belleza del ministerio, no queda relegado al modo de vivir nuestra sexualidad, sino que también nos llama a estar atentos a como vivimos la relación con el poder y el dinero. Un corazón célibe es un corazón libre para amar.

Ser Pastor es ser hombre de comunión y para la comunión. “*En la Iglesia, que es «la casa y la escuela de la comunión» y que «recibe su unidad de la Unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», el presbítero debe ser «el hombre de la comunión»*” (RF 52). El ministerio presbiteral, es esencialmente relacional, que se expresa en una plural riqueza de relaciones, donde se vive la filiación, la paternidad y la fraternidad. Sabernos parte de un presbiterio y colaboradores del Obispo, nos exige

un serio compromiso de cultivar la comunión de una manera adulta y responsable, con sentir eclesial que vence a toda pretensión de individualismo y de “realizaciones personales” que no pocas veces expresan miradas narcisistas sobre el propio ministerio. Es necesario para toda formación crecer en espacios de confianza, también en el presbiterio estamos llamados a generar espacios de confianza, donde corresponsablemente nos hagamos cargo fraternalmente los unos de los otros. No se trata simplemente de alcanzar una buena relación humana, cordial, es mucho mas profundo, es teológico, pero también pastoral, ya que nuestra comunión se construye también en el compartir la misión, que en cada diócesis tendrá su expresión en el plan diocesano de pastoral. Desde el ser religioso se está llamado a vivir en comunión con la Iglesia Diocesana aportando la riqueza del propio carisma, lejos de la tentación de una autosuficiencia que transite por caminos paralelos y sin encuentro. *“La vinculación con la Iglesia local concierne específicamente al clero secular, pero incluye indistintamente a todos los presbíteros que ejercen el ministerio en ella, a la vez que valora el carisma propio de cada uno”* (RF71). El ministerio sacerdotal es un don en la Iglesia y para la Iglesia, de allí la importancia de la relación con la comunidad, en un profundo respeto a la diversidad de dones con que el Espíritu la enriquece. No se construye la comunión a puertas cerradas, desde *“guetos de perfectos”*, sino creciendo en comunidades fraternas que sepan recibir y misionar, comunidades como lugares de celebración, fiesta, servicio en la caridad y perdón. La autoridad recibida en medio de la comunidad, ha de ser vivida en respeto a la dignidad de todo bautizado, a todo estado de vida y carisma dentro de ella. También con corazón misionero, el sacerdote está llamado a ser hombre de comunión en medio del tiempo que le toca vivir, acercándose a la sociedad con un deseo profundo de servir a la comunión entre los hombres de buena voluntad. Como pueden observar queridos hermanos, no se trata sólo de lo que hay que hacer a favor de la comunión, sino de ser el **hombre de comunión** allí donde estemos. No exagero al decir que estamos llamados a dar la vida, si es necesario, por la comunión. Estamos en definitiva, invitados a hacer nuestra la oración del Señor, unidos a su corazón sacerdotal *“Te pido Padre que todos sean uno lo mismo que lo somos tú y yo, Padre. Y que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tu me has enviado”* (Jn 17,21)

Conclusión

Queridos seminaristas, en el marco de la publicación de la nueva Ratio Fundamental, me han solicitado que compartiera con Uds. una reflexión sobre el “ser pastor”. No dejan de ser apenas unas notas de un tema tan rico en implicancias y tan apasionante. Me es difícil sintetizar esto en pocas palabras, de hecho es un misterio. Desde el corazón se los digo: SEAN HOMBRES DE DIOS en medio de la gente, del pueblo. Recuerdo una frase de un libro muy bueno, “*Sabiduría de un pobre*”, de Leclerc, que ponía en labios de San Francisco esto: “*no debemos preocuparnos tanto de hacer la obra de Dios, sino dejar que Dios haga su obra en nosotros*”. Este tiempo de formación que se identifica en uds. con la etapa de configuración con el corazón del Buen Pastor, es un tiempo precioso para dejarse moldear por el Espíritu con la ayuda de las mediaciones puestas a su servicio, el seminario de una manera particular, aunque también de las comunidades parroquiales.

Uds. están discerniendo personal y eclesialmente la vocación al ministerio sacerdotal y tienen como horizonte lo que hemos compartido en este encuentro, pero aquello que aspiran a ser, se juega en el presente. Quieren que sus vidas sean para los demás, pregúntense como hoy lo son para sus hermanos; quieren ser servidores, no dejen de examinarse como sirven en la comunidad hoy; quieren ser hombres de y para la comunión, fíjense como colaboran hoy para hacer de la comunidad del Seminario, una comunidad más fraterna y evangélica. Nuestra vida sabe de esperanza y deseos, pero con la acción de la Gracia, y no sin nuestra libertad y colaboración, lo empezamos a hacer posible con el sí de cada día, creciendo en la alegría de la fidelidad.

Pidamos al Señor que nos conceda ser pastores según su corazón, siendo humildes, compasivos, misericordiosos, generosos, cercanos, fraternos, buenos y santos. Que en el día maravilloso del encuentro con el rostro del Señor, en que nos confundiremos en un abrazo, con alegría le entreguemos lo que supimos amar entregando nuestra vida, como sacerdotes, como pastores del Pueblo de Dios. (Cf. Mt 25, 21)